

juramento desconcierta un enemigo. El ha estado en todas las jornadas del movimiento revolucionario; ha ido entre picas y fusiles á Versalles en busca de los reyes y contribuido á encerrarlos en París; ha paseado en procesiones y puesto sobre altares el busto de Necker; ha sitiado la Bastilla y tomádola en el día más destructor, pero también más genésico, de la revolución; ha tañido las campanas de rebato á la fuga del Monarca, y gritado para que lo recibiera el pueblo entre barricadas; ha ido al Campo de Marte para suscribir el manifiesto en requerimiento de la destitución del Rey, siguiendo siempre á Danton y sirviéndolo con su voz estentórea y sus brazos desnudos. Es, como los franciscanos, un hombre del pueblo, sin rencores y sin recámaras, franco hasta la brutalidad, sincero hasta la desvergüenza, fuerte como una roca, hercúleo, rollizo, muy sanguíneo, como casi todos los de su oficio, con músculos y nervios férreos, con huesos durísimos, con la ceguera del combatiente; dispuesto á no servir más que la revolución, y sirviéndola con un desinterés muy cercano al heroísmo; fiel perro de los que cree superiores á él, y cazándoles algunas veces presas ó víctimas, por impulso ageno, al cual obedecía siempre, y no por voluntad propia; bueno y generoso, pues quería con verdadero culto su familia, su patria, su dogma, su revolución, en el ardor comunicado á su temperamento y á su inteligencia por la electricidad tonante diluida en el aire.

Otro de los hombres que más han caracterizado el club de los franciscanos, es desde luego Anacarsis Clootz, alemán por su nacimiento, francés por sus gustos y por sus ideas, orador del género humano según se llamaba él á sí mismo, filósofo en acción y cosmopolita por una filosofía, en la cual entraban más que los afectos y los sentimientos patrióticos, las ideas abstractas de una fantasía exaltadísima, y por exaltada, muy propensa de suyo al descarrío y á la demencia. Clootz entregó como en feudo, su espíritu á Voltaire; y quiso convertir un sistema crítico y literario que lo debía todo á la persona de su autor, y no brillaba por sus afirmaciones, sino por sus argucias, en militante y popular filosofía, en una especie de religión, la cual podría tener sacerdotes, mas no mártires, pues jamás los consiguiera el seco análisis y la estéril duda. Un día que hablábamos en el Congreso Federal, dijo cierto republicano de la izquierda, cómo en sentir suyo no necesitaba defensa ninguna el cuarto estado, pues poseía su derecho y su fuerza. Dirijámonos á su derecho, le dije yo, no á su fuerza. Y debemos prescindir de su fuerza material, siquier sea el más numeroso entre los elementos sociales, porque no está, no, á servicio de las ideas progresivas, más bien está por nuestro mal á servicio de las ideas reaccionarias. El espíritu progresivo es como el sol naciente; dora primero los picachos de las montañas. Así había en la Revolución muchos revolucionarios aristócratas. Por sus ocios naturales habianse consagrado al estudio continuo y en el estudio continuo habían adquirido las ideas del derecho humano. Y cuando una idea se profesa con verdad, hierve con entusiasmo al alma por difundirla y realizarla. Entre tales obsesiones hubo nobles y grandes de España misinos que se desvistieron de sus

uniformes y se calaron un gorro frigio. El célebre compatriota nuestro Guzmán vivió en una bohardilla, porque imaginaba que sólo podía en la pobreza obtener autoridad y aptitud para defender y difundir la buena nueva revolucionaria. Lo mismo Anacarsis. Antes de penetrar y engolfarse dentro de la política le dió por la religión, escribiendo un folleto, en el cual intentaba demostrar eran idénticas las pruebas dadas por los apologistas en favor del Cristianismo á las pruebas dadas por los santones en favor del mahometanismo. Pasando de la religión á la política, bien pronto alcanzó que le faltaban títulos para encerrarse como los republicanos franceses en el patriotismo, y substituyó la idea de patria con a idea de humanidad. En su racionalismo anticatólico, aunque deista, se denominó á sí mismo ciudadano de la República universal. Un día, para demostrar no haber dicho el nombre de la humanidad en vano, condecoró la Constituyente francesa con el dictado de Concilio ecuménico del mundo, y reuniendo cuantos extranjeros hallara en París, vistiólos con trajes diversos y los coronó de gorros frigios, para llevarlos á la Constituyente, donde alzó la voz inspirada por sus ideas cosmopolitas en frases tan rebuscadas como las comparaciones entre los vencedores latinos, que arrastraban tras su carro de triunfo y los diputados franceses que arrastraban tras su carro de triunfo los pueblos redimidos y emancipados por su espíritu, puesto en leyes filosóficas, las cuales habrían de acabar por unir en un derecho común todos los pueblos de la humanidad y todos los continentes de la tierra. Otro día se fué á la Legislativa pidiendo desde la barra que civilmente canonizaran á Guttenberg, comentando esta canonización en palabras relativas á la difusión del genio francés por toda la tierra que debía concluir extendiendo en el orbe un catolicismo racionalista más verdadero según él y más arraigado que todo el viejo Catolicismo antiguo y ortodoxo. Salido todo esto de un muy confuso pensamiento, hablado en lengua poco pura, puesto entre nubes germánicas de ideas rojas, alcanzó influjo en el club revolucionario de los franciscanos, muy propensos á vaguedades también, pero no modificó gran cosa la política predominante allí.

Otro de los influyentes sobre tal club de la secta franciscana fué Fouchet, y como cien veces nos encontraremos con Fouchet, quizás hayan alcanzado sobradísimo conocimiento de su persona los lectores, y consideren molesta su reaparición. Pero Fouchet, como todos cuantos hacen mixturas intelectuales, donde combinan ingredientes opuestos, profesaba un gnosticismo, en cuyos apotegmas aparecían equilibradas la religión y la ciencia. Esta loable tenacidad en el pensar no excluía destrezas y diplomacias, á cuya virtud, permaneciendo siempre la combinación capital, cargaba el crador más la mano en los pensamientos filosóficos al ver un auditorio democrático, y por modo alternativo, al ver un auditorio piadoso, en los pensamientos cristianos. Mucho hemos hablado de gnosticismo y nunca hemos dicho en el curso de esta HISTORIA lo que tal palabra significa. Llámase así, gnóstica, la teoría, ó la serie de teorías que resumen y comprendian la primera impresión he-

CAPITULA ALFONSEINA
 BIBLIOTHECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. E. I.

cha por el Cristianismo, recién formulado, en las sectas orientales y occidentales, componentes de un substrato espiritual, denominado por los usos vulgares de hablar la conciencia pagana. El Cristianismo en su aparición debía por completo trastornar el espíritu de Grecia y Oriente. Así el cenobita oriental debía levantarse del polvo, sacudir su largo sueño, y darse á la incansable actividad del espíritu; y el artista griego debía sacudir su eterna sonrisa, su corona de verbena, y darse á la contemplación de Dios. El uno debía fijar los ojos en la tierra, para comprender que en la tierra se siembra el grano, más tarde cosechable allá en los cielos; y el otro debía convertir al cielo sus miradas, para comprender cómo del cielo viene la luz que baña esta nuestra vida, que calienta y esclarece también este nuestro mundo. El Cristianismo realizaba en la conciencia una idea, muy análoga de suyo, á la idea que realizaba Roma en el espacio. Si alguna vez pudiéramos dudar de las preestablecidas armonías que reinan entre la naturaleza y el espíritu, entre la conciencia y la vida, entre la filosofía y la historia, este grandioso espectáculo del Cristianismo y de Roma sería bastante á convencernos de que resulta inútil todo esfuerzo dirigido á separar la idea del hecho, la idealidad científica de la realidad histórica, como resulta imposible separar el alma del cuerpo. Roma traía la unidad del Hombre, y el Cristianismo la unidad de Dios; Roma conquistaba todos los pueblos con su fuerza, y el Cristianismo con su idea; Roma prestaba un cuerpo nuevo á la Humanidad y el Cristianismo un espíritu nuevo; Roma reunía en sus senos el genio político de Oriente con el genio político de Grecia, y el Cristianismo reunía en sus dogmas el Dios de Oriente y el hombre de Grecia; Roma realizaba una revolución material profunda, profundísima, y el Cristianismo una revolución moral inmensa; Roma descendía las gradas del Capitolio con sus sacerdotes y sus soldados, mientras el Cristianismo subía esas gradas teñidas de sangre con sus doctores y con sus mártires; Roma debía sellar los libros del antiguo derecho y producir un derecho nuevo humano, y el Cristianismo debía sellar el libro de las antiguas religiones y derramar una nueva idea religiosa en el mundo; Roma debía ingerir en Grecia Oriente y en Oriente Grecia, mientras el Cristianismo juntar los orientales y los griegos y los romanos y todos los hombres en la luz del cielo, en la verdad y en la justicia. Así era difícil que Roma supiese con reflexiva conciencia todo cuanto hacía y que adivinase á su vez el mundo toda la transcendencia del cristiano dogma. Para separarse de sus antiguos altares, de sus tradicionales dioses, necesitaba el mundo emplear un esfuerzo y ejercer un dominio sobre sí mismo extraordinarios, porque nada es tan triste como dar un adiós á lo que por espacio de siglos ha constituido el ser de nuestra vida y el fundamento de nuestro espíritu. Así es que pedían los pueblos antiguos á la nueva idea y á la nueva religión que les dejase vivir en paz al pié de sus altares; que admitiese sus dioses nacidos en el seno de la Naturaleza; que les permitiera llevar en procesión á las aras de éstos las ofrendas de sus antiguos sacrificios y holocaustos; que tolerara las ceremonias de

los viejos ritos con los dogmas de las antiguas teogonías; que penetrara por lo menos en sus templos en los templos paganos, y viera el resplandor de su lumbre y el ara cubierta de flores, y las víctimas coronadas de diademas, y el pueblo llevando las cosechas de los campos, las danzas de las vírgenes, el trenzado de los bailes litúrgicos, las hermosas estatuas resplandecientes de alegría, las esperanzas que latían en tales fiestas y luego dijera si debía irremisiblemente morir tanta grandeza, grandeza iluminada por inspiradísima hermosura. Y de este esfuerzo para unir el Cristianismo y el Paganismo surgió la principal idea gnóstica, que representa la primer impresión que en la conciencia pagana hizo la nueva idea religiosa. Era imposible, absolutamente imposible que comprendiera el Paganismo al Cristianismo en un momento, en uno de esos momentos que Dios guarda para sus elegidos. Antes de comprender en toda su pureza la idea cristiana, debía por todas partes, extraviada la conciencia, cayendo y levantándose, errar mucho, como sucede al que aprende una nueva doctrina.

El Cristianismo se hallaba durante los días del siglo pasado en situación muy análoga con todas cuantas situaciones atravesara durante los días del siglo primero y segundo. La ciencia se había ido por un lado, la religión por otro; la política moderna y el dogma católico se negaban y se destruían mutuamente. No sólo se declaraban la ciencia y la política independientes del dogma, se declaraban á una contra el dogma. Y á esta declaración, el Pontificado blandía sus anatemas, tanto sobre la libertad como sobre la filosofía. En vista de semejante batallar, espíritus elevados se dirigían á la razón y á la fe conjurándolas con el sacro fin y objeto de que aceptasen una verdadera concordia. Y entre tales inspirados y luminosos inspirados descollaba el alma tierna é inspiradísima del iluminado Fouchet. Contra Voltaire y los volterianos, contra las ideas materialistas de los filósofos al uso entonces, contra las predicaciones del ateísmo requería de los deístas, cualquiera que fuesen ellos, eclesiásticos, frailes, caballeros de la Rosa Cruz, magnetizadores y aerostatas parecidos á magos y hechiceros, sabios competentes en materia de ortodoxia, sus adhesiones á una religión que, poniendo en fórmulas axiomáticas los cánones más averiguados é indiscutibles de la ciencia, juntase á ellos principios religiosos tan averiguados como la idea de Dios, la espiritualidad é inmortalidad del alma, el verbo creador, con lo que podía constituirse una especie de escuela universal, sustentada por una francmasonería compuesta con diputados de todos los pueblos y pertenecientes á todos los climas; para que así, empapada la tierra en las ideas salvadoras, ideas sintéticas, de tal iluminado misticismo, brillara más en los espacios con su luz material y difundiera por irradiaciones sin fin el ideal revolucionario á todas las generaciones en todos los tiempos. Fouchet, despedido de Versalles durante la realeza tradicional por haber querido decir, como el profeta Samuel á Saul, toda la verdad religiosa y moral á los poderosos del mundo; Fouchet, pronunciando desde su púlpito la oración fúnebre por Franklin, por el profeta, por el cuákero, por el indus-

trial, por el economista, por el filósofo, que robó el rayo á los cielos y el cetro á los tiranos; Fouchet, combatiendo un día junto á los demoleedores de la Bastilla y rezando luego sobre los sepulcros de los caídos y muertos en aquel sublime asalto al viejo absolutismo; Fouchet, cristiano y masón, cura y revolucionario, predicador y tribuno, en el púlpito y en la Legislativa, con el derecho humano y el dogma divino en su mente, pagado así del carácter revelado de los Evangelios como del carácter humano y humanitario de toda reforma progresiva, representa una síntesis, en cuyos términos entraban todos los pensamientos que se habían elevado del espíritu al cielo y todas las revoluciones que habían descendido del cielo al espíritu. Una grande analogía se notaba entre tal sincretismo religioso del abate Fouchet y otro sincretismo no menos extenso y profundo, el proclamado por Anarcasis Clot en su filosofía cosmopolita. Lo que Roma hiciera por medio de las armas en su tiempo, quería Clot hacerlo por las ideas, y lo que hiciera el Cristianismo por las revelaciones celestiales, quería por su parte hacerlo Fouchet con la filosofía y con la libertad. Así el club de los jacobinos, donde imperaba Robespierre, parecía una sociedad de calculadores, y el club franciscano, donde hablaban Anarcasis Clot y el abate Fouchet, parecía una sociedad de iluminados. Todas las almas exaltadísimas, todas las mentes soñadoras habíanse ido á los franciscanos, cuyos púlpitos laicos parecían tripodes helenas, y cuyas arengas fórmulas oraculares expresadas con acentos de pitonisa.

Otro de los personajes que dominaran el club de los franciscanos, fué Camilo Desmoulins, á quien hemos llamado el Aristófanes de la revolución. Y así como para presentar á Fouchet hemos explicado la significación de gnóstico, para presentar á Camilo, explicaremos la significación de aristofanesco. Hay quien sólo descubre de las cosas y de las personas el lado poético, así como hay quien descubre sólo el lado ridículo. En torno del objeto, que os parezca más prosaico, vuelan y cantan enjambres de ideas poéticas ocultas á muchos, más lucidas y resonantes para quienes poseen el dón adivinatorio de una intensa poesía. Pues todo tiene su lado ridículo también. Y hay quien posee la facultad íntima de verlo fácilmente, como Luciano en los antiguos tiempos, como Voltaire en los modernos. El martirio de un santo cristiano en las catacumbas y el esfuerzo de una Juana de Arco por la patria se prestan poco á risa ó chacota, y sin embargo, tropieza con su aspecto ridículo, en sus Peregrinos, Luciano, y Voltaire en su Doncella. La propensión cómica es una de las fundamentales propensiones en el hombre, que sube á las sublimidades hasta parecer un Dios y desciende á las ridiculeces hasta parecer un bufón. Desde luego la comedia debe llamarse una sátira en acción, y esta sátira en acción proviene de ciertas disonancias entre la realidad viva y los ideales de moralidad que lleva cada cual en su inteligencia. Por eso la comedia, con todas sus burlas, con todas sus risotadas y chacotas, siempre se propone un fin moral y siempre trata de corregir las costumbres. Como producto del arte inferior á la tragedia tiene ya un fin, al cual nunca puede aspirar la tragedia, encerrada

como está en la representación serenisima del ideal, á manera de perfecta estatua. Lo grotesco, lo ridículo, tientan mucho al hombre. La risa le retoza en el cuerpo á las muchedumbres. Una gran parte de las gentes adolece, á no dudarlo, de vino muy alegre. Y los vendimiadores, emborrachados al mosto que destilaban sus cubas, debían decir frecuentemente gracias múltiples y dicharachos copiosos en la irresistible alegría y en el jolgorio intenso de sus fiestas campestres. Y como los altos personajes se prestan más al ridículo, por su misma posición altísima que los personajes del vulgo, tras ellos daba la comedia, y de sus vicios se reía con ganas y á su pleno sabor. La invectiva surgía naturalmente de todos estos apasionamientos y de las porfias entre los rústicos ebrios, muy dados á insultarse con frecuencia en sus avinados diálogos. De aquí subióse á ridiculizar, con las licencias propias de una democracia libre, los hombres públicos, caricaturando, por medio de sarcasmos brutales y soeces, la vida política tan llena de dificultades y tan expuesta de suyo á contener, más que ningún otro aspecto de la impura y grosera realidad, múltiples imperfecciones. Esta comedia política es la comedia por excelencia de Aristófanes, el cual castigaba con furor en ella todos los excesos de los dos grandes poderes que fundó el genio incomparable de Pericles, la ciencia y la democracia. Pero ¡ah! que le sucede al buen Aristófanes en su papel histórico mucho de lo que al buen Horacio le sucede también; perteneciendo por su nacimiento, por su educación, por su altura intelectual, por su gusto depurado, á una época de perfección clásica, le toca señalar el tristísimo período de una incipiente decadencia. ¡Ay! Así como el arte simbólico, digámosle oriental, acaba según las profundas observaciones de Hegel, cuando el símbolo y lo por él significado se dividen, concluye ó acaba también el arte clásico cuando se divorcian las serenas armonías, en él reinantes, entre la forma y el fondo, entre la idea íntima y su expresión perfecta. La risa, la caritatura, lo grotesco, lo ridículo caen abrumadoramente sobre la paz y serenidad antiguas. Desconciértase la incomparable armonía que ha hecho compenetrar la forma con el fondo en todo el teatro y en todo arte cómico. Lejos de acercarse la realidad al ideal, se divorcia de él y presenta, por lo mismo, un desconcierto muy contrario á la plenitud de tranquilidad representada por aquellos bajorrelieves armoniosísimos, por aquellas estatuas serenas, que caracterizan con caracteres indelebles del clasicismo. La comedia griega, como la sátira latina, señala el comienzo de un desconcierto entre la realidad y la idea, desconcierto que ha de concluir tarde ó temprano por un irremediable decaimiento. Aristófanes, como los primeros fundadores del teatro cómico, se nos ofrece y presenta poseído por una borrachera, no de vino como ellos, de genio ciertamente. Pocos escritores guarda la Historia dotados tan largamente de gracia infinita, tan dispuestos á la carcajada ruidosa continua, tan idóneos para descubrir al lado ridículo de todo individuo y objeto, tan ricos en verdaderas indignaciones ó invectivas. En esto, Camilo puede á él acercarse. Ciertamente que la desvergüenza del cómico, llega en su desentreno, adonde pueda llegar la